



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 131 – ABRIL, 2023

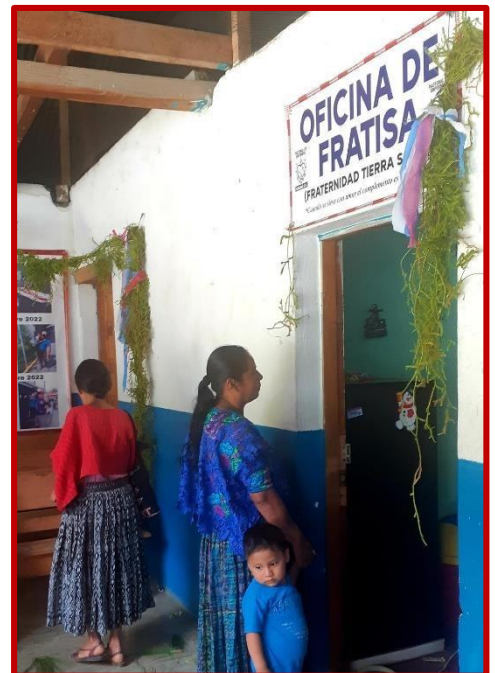
Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

Tamahú, un año después

Antonio Salas

Había pasado ya un año desde que realizamos la última visita a nuestra misión de Tamahú. Cuando la asumimos –hace ya más de un sexenio- vimos claro que una presencia periódica de Fratisa, aunque fuese fugaz, era del todo necesaria. Y así lo hemos venido haciendo. Cada vez nos topamos con gratas sorpresas que nos permiten calibrar la eficacia de nuestra obra solidaria entre los colectivos indígenas de aquel municipio. Esta vez no pudimos por menos de evocar los tiempos en que su párroco, P. Philippe Poisson, gestionaba personalmente la pastoral de enfermos en su parroquia. Era una labor casi heroica. Sabiéndose incapaz de mantenerla, y sobre todo de potenciarla, pidió que Asumta y Fratisa nos hiciéramos cargo de ella. Aceptamos gustosos su encomienda y, desde entonces, no hemos cesado en nuestro empeño por consolidarla.

Así lo comentábamos con nuestro fiel representante, Raúl Leal, durante las cinco largas horas de viaje por caminos, unas veces saturados de vehículos y otras, sazonados de curvas. En nuestro coloquio, Raúl dejaba sentir su perplejidad ante el aumento de pacientes que no cesan de recabar su ayuda. En ocasiones, se siente



Esperando ante la oficina de Fratisa



Vista panorámica de Tamahú desde la casita de Asumta

incluso desbordado. Dando pábulo a la hilaridad, recordábamos cómo, en los comienzos, apenas teníamos enfermos y ahora hasta nos están sobrando. Y eso que con frecuencia no se logran rebasar los prejuicios religiosos que incitan al contingente “cristiano” (protestante) a rechazar las ayudas de una obra con etiquetado católico. Aun así, se acusa un abultado “overbooking” de personas necesitadas que, una vez abierta la oficina de Fratisa, acuden en busca de apoyo económico. De poco ha servido que Raúl fijara

unos horarios de atención al público. Cuando lo intuyen dentro, llaman sin más a la puerta. Nuestra consigna siempre ha sido no dejar a nadie desatendido. Y ello hace que el trabajo de nuestro representante se intensifique sin tregua.



Momento solemne y emotivo de la oración comunitaria

Al llegar a Tamahú, tras cruzar su flamante puente de hierro recién construido, no pudimos evitar cierto desencanto. Si bien al poblado nunca le ha sobrado lustre, en esta ocasión su aspecto era casi tétrico. Su calle principal estaba levantada a causa del nuevo alcantarillado que el ayuntamiento ha decidido por fin instalar. Admiramos la

obra, a la par que nos desazonó su espectáculo. Ello hizo que nuestra estancia resultara algo accidentada, pues algunas calles solo se podían cruzar vadeándolas con la ayuda de unas tablas de madera. En todo caso, nos instalamos sin problemas en la casita de Asumta que, en su momento, había construido don Xavier Wiechers (además de mecenas es arquitecto) y en ella topamos con el sosiego. Y también con la austeridad. Esta poco nos sorprendió, pues veníamos predispuestos a mantener un régimen alimenticio a base de pan con queso y de queso con pan. Nuestra dieta no era, pues, muy variada. A



Parte de la asamblea que nos acompañó



El dulce encanto de Belinda

ello hubo que añadir la incomodidad del camastro. El de mi cuarto estaba hecho con unos listones de madera, recubiertos por un colchón (4 cm) de espuma aislante. Aunque para los lugareños sea una cama normal, a mí casi me sirvió de tortura. Al levantarme por la mañana, mis huesos parecían descoyuntados. ¿Lamentarme? Nunca ha sido mi estilo. Más bien hice mío el refrán: “La culpa no es del indio sino de quien lo hace compadre”. En efecto, el problema estaba, no en la cama, sino en mí.

Fueron días apacibles y su vez ajetreados. Ya de antemano habíamos fijado un encuentro con nuestros beneficiarios en los locales de Asumta. Se les había notificado que, además de recibir su consabida despensa (con más peso del normal), compartiríamos con todos ellos un frugal almuerzo. Si bien se había decidido repartir cien cestas de comida, no se puso coto a la asistencia. Sin que mis cálculos sean del todo fiables, creo no errar afirmando que nos reunimos unas trescientas personas. Y, entre ellas, descollaba por su número y su alboroto el colectivo de los patojos que, quemando adrenalina a raudales, no cesaba de corretear. De repente, ante la autorizada voz de Raúl, cesó de inmediato el griterío para proceder a la oración. Me

sorprendió gratamente observar el recogimiento de aquellas gentes que, aun sin practicar todas idéntico credo, compartían su fe en Dios a quien expresaban su agradecimiento. Los discursos fueron breves. Sobre todo, el mío. Mientras hablaba, me preguntaba hasta qué punto lograrían entenderme, ya que la mayoría no se expresaba en español. Pero eso no era lo más importante. Se trataba de conectar con ellos y, en lo posible, de conseguir que se sintieran queridos por Fratista, la Asociación que –desde tierras lejanas- les ofrece unas pequeñas ayudas envueltas en una sobredosis de amor. ¿Lo captaron? ¡Creo que sí!

En un primer momento, al otear el horizonte, me tropecé con una multitud de rostros inexpresivos que transmitían aparente apatía. Por fortuna los años me han enseñado que tal es la forma de comportarse quienes viven aislados en sus aldeas, sin apenas contacto con extraños, por más estos deseen ser vistos y tratados como amigos. El hielo se fue derritiendo de manera gradual. Sobre todo, tras el reparto de los refrigerios, se caldeó bastante el ambiente. Y fueron muchas las personas que se me acercaban, con ansias de cruzar conmigo un par de palabras. Al dirigirme a ellas, acompasaba mis gestos con un esbozo de sonrisa. Me gratificó recibir sus respuestas en la misma frecuencia. Pocas veces he comprendido tan bien que, para entenderse, no es imprescindible hablar.



La enjundiosa perorata de Carlitos

En pleno intercambio de vivencias, sentí que alguien –por atrás- me tiraba de la camisa. Al volverme, me topé con una muchacha que hacía esfuerzos por sostener su mirada mientras me prodigaba una tímida sonrisa. Tardé muy poco en saber que se trataba de la mamá de Belinda, la niña con hidrocefalia a la que –a través de una benefactora- está amadrinando Fratista desde hace varios meses. Se había acercado para expresarme su gratitud. Raudo le pregunté dónde se encontraba su hijita. Solo entonces levantó con suma cautela un velo, dejando al descubierto el rostro angelical de la nena. Su mirada era diáfana, su expresión, apacible y su gesto, candoroso. Tras intercambiar cortesías con la mamá, la animé a seguir luchando por Belinda, pues entre todos –sin excluir obviamente a Dios- conseguiremos curarla. Me sorprendió que, siendo un día muy soleado, llevara cubierta por un velo a su criatura. En un primer momento, quise pensar que lo hacía para protegerla de los rayos solares. Pero la razón era muy otra. Predomina, de hecho, entre ellos la absurda creencia de que, si se engendra un bebé con alguna tara física, es porque Dios quiere castigar con ello a sus

progenitores. Y estos ocultan a la criatura, pues les avergüenza de que los demás, al verla, descubran su supuesto oprobio. ¡Cuán osada es la ignorancia!

Al girarme, mis ojos tropezaron con la diminuta figura de un patojo (no más de cuatro años), cuyo desenfado me cautivó de inmediato. Se me acercó casi corriendo, con vivas ansias de que lo meciera en mis brazos. Se trataba de Carlitos, inmune a los traumas y a los complejos. Con una osadía impropia de su edad, se afanaba por recabar mi atención. Ante la insistencia de mi improvisado “amigo”, me senté con él en uno de los bancos cercanos. Y, entonces, con un desparpajo que me dejó atónito, comenzó a contarme cuán feliz se sentía en el nuevo hogar que le había construido Fratista. Dejé que se explayara sin osar retenerle. Solo al aparecer su madre, supe que efectivamente hace ya más



Departiendo con Raúl en su coqueta vivienda

de un año, en el barrio marginal de Panhorna, habíamos construido una modesta casita donde estaba viviendo toda su familia. Eso era lo que Carlitos ansiaba contarme con todo detalle. A veces parece que los niños apenas se enteran de nada. Quien tal piense, busque a Carlitos. Tardará poco en convencerse de su error.

Durante nuestra estancia en Tamahú, tuvimos oportunidad de visitar también a varias de las familias más lastradas por la adversidad. Y en cada enfermo tratábamos de descubrir el rostro sufriente de Cristo. No en vano estábamos celebrando la Cuaresma. Es admirable constatar cómo el costumbrismo tamahunero conserva la celebración del Viacrucis, todos los viernes al atardecer, recorriendo las principales calles del pueblo. Asimismo, tratamos, en la medida de lo posible, de aliviar algunas dolencias concretas. Nos gratificó, al respecto, ayudar a una señora (Mirna Hernández Franco), cuyo cáncer terminal la tenía sumida en el desespero. Al ver los médicos en el hospital que nada más podían hacer por ella, la mandaron a su casa para que muriera en paz. En paz, sí, pero ¿y los paliativos? Acudieron a nosotros en busca de apoyo. Con todo gusto se lo brindamos, pidiendo a su familia que aportara lo que pudiese y el resto lo pondría Fratisa. Ignoro si, al escribir estos renglones, Mirna habrá entregado ya su alma a Dios. Pero de seguir con vida, lo hará sin atisbo de dolor. ¡Cuánto gratifica contribuir a que un enfermo muera en apacible sosiego! Nos complació también saber que la primera casa del proyecto “Nuevo Porvenir” había sido entregada ya a sus propietarios. Y también nos hinchó de júbilo conocer la nueva vivienda de Raúl, quien se había animado a construirla por problemas familiares. Arropado por una naturaleza lujuriente y acogedora, nuestro representante vive en un entorno privilegiado, donde el silencio es siempre portador de paz.



Mirna, deleitándose con sus paliativos

Nos despedimos de Tamahú con el cuerpo algo maltrecho, pues allí lo que no es cuesta arriba suele ser cuesta abajo. Sin embargo, nuestra alma quedó transida de alborozo al constatar una vez más que nuestra labor solidaria no solo se va consolidando, sino que tiene proyección de futuro. Y ello gracias a los donativos de quienes cooperan económicamente, en un gesto de solidaridad evangélica (¡es muy de agradecer!) con cuantos viven en una situación casi infrahumana.

¡Todos somos Fratisa!

Ayuda humanitaria – Marzo, 2023

Fátima Guzmán

Me lo tuve que pensar. Pero solo durante un rato. Renuente por mi carácter a ejercer de escritora, no sabía cómo plasmar algo de lo mucho que viví durante nuestra reciente estancia en la misión de Tamahú. Aunque la he visitado en bastantes ocasiones, mis vivencias cada vez han sido distintas. Y debo confesar que nunca había disfrutado tanto como esta vez la cercanía de la gente. Aun siendo la Delegada de Fratisa en Guatemala, al comienzo



La misionera Fátima con los comunitarios de Pansup



Panchita, siempre ávida de complacer

se me miraba con cierto recelo, pues los enfermos no sabían dónde ubicarme. Costó tiempo y esfuerzo ahuyentar prejuicios. Mas, sin la menor violencia, creo que se logró. De hecho, siendo al principio recibida como una simple “hermana”, acabaría convirtiéndome en “la misionera”. Tan honroso calificativo me ha servido de trampolín para acercarme a las personas. Acaso ello explique lo vivido muy recientemente en Tamahú. Me apresto a compartirlo.

Por más que lleve años departiendo con el mundo indígena, jamás me había tocado encontrarme con un colectivo tan amplio. El día convenido para el encuentro de Fratisa con sus beneficiarios, se juntaron casi trescientas personas. Ya de entrada, me impresionó la esmerada decoración del atrio de Asumta. Los ramajes de pino, los globitos y la música de fondo, invitaban a pensar en una animada feria de pueblo. Y, en verdad, me sentí cual si estuviera en ella. La previsión de Raúl para contratar un equipo de megafonía y la diligencia de sus colaboradores para mimar los detalles me calaron muy hondo. Sé que preparar las bolsas de alimentos y sobre

todo los almuerzos para tantas personas requiere una organización casi perfecta. Pues bien, la hubo. Orquestados por la varita mágica de Raúl, cada cual cumplió a la perfección su cometido.

Me sorprendió muy gratamente la presencia de Osmar, un hermano de Raúl, que había sido contratado por él como fotógrafo. Y, a fe mía, que ejerció de tal. Lo propio hicieron las señoras encargadas



Ana María, en su alocución de bienvenida



Don Clemen, dirigiendo la oración

de la cocina. Fueron sobre todo tres las que llamaron mi atención: Ana María, excelente animadora al margen de cocinera; Panchita, cuyas ansias de complacer no se prestaban a equívocos; y Asunción, a quien, casi sin verla, nunca se la dejaba de ver. Las tres tuvieron que arremangarse para atender a tan abultada concurrencia. Lo que más me fascinó fue que todo se hiciera con tal discreción que parecía fluir por su propia inercia. Y algo similar podría decirse de Giovani, el fiel escudero de Raúl, cuyo cargo de secretario en funciones le erigía en protagonista, sin que jamás menguara por ello su recato. Despojándose de todo alarde, repartió sus papeletas a las cien personas agraciadas con una despensa de víveres. Me preguntaba a mí misma cómo se las ingeniaría el muchacho para discernir la paja del grano. Y es que no todos iban a recibir una cesta. Antes de despejar esta incógnita, vi con asombro que cada quién disponía ya de su correspondiente resguardo. Tanta habilidad me pareció que casi rozaba la magia.

Fue sobre todo emotivo el momento de la oración. Mientras uno de los señores (Clementino Co Sam) recitaba las plegarias sirviéndose de un micrófono, la multitud -chiquillada incluida- guardaba un silencio sepulcral. Al observar sus rostros, saqué la impresión de que todos

vivían a tope el momento. Fue muy sagaz por parte de D. Clementino evitar la mínima alusión religiosa que pudiera herir la sensibilidad de un determinado sector. Tengo, de hecho, muy claro que en aquellos pagos se vive a fondo el compromiso religioso, sobre todo si se milita en alguna secta de cuño pentecostal. Los católicos acostumbran a ser más abiertos y tolerantes. No así los demás. Sin embargo, fue un rato en el que, rompiendo tabúes, todos vibraron al ritmo de un mismo compás. En aquel momento comprendí que, aunque las religiones a veces separen, la fe jamás se hartará de unir. Finalizado el turno de las plegarias, se pasó a la fase de las alocuciones. Nunca pude haber imaginado que Ana María se expresara con tanta desenvoltura. Por mi parte, cuando me tocó la vez, se me destrabó de repente la lengua y sentí el embeleso de adentrarme en el corazón de quienes buscaban nuestro



Asunción, con su hija Neylin Matilde

apoyo.

En un santiamén se repartieron las casi trescientas bandejas de almuerzos, sentándose cada cual en su propio rincón donde –al poco tiempo- solo quedaron los envases de plástico. Tras el refocilo de un buen yantar, me percaté aún mejor del afecto que las comadres trataban de mostrarme. Vi, casi con perplejidad, que todas ellas me estaban sonriendo. Y eso, en el mundo indígena, muy pocas veces suele ocurrir. Años antes, me había topado con miradas serias y casi esquivas. Ahora en cambio, me estaban lloviendo sonrisas. Muchas se acercaron para darme un abrazo. Y otras quisieron agasajarme incluso con un simbólico regalo. Casi me brotaron las lágrimas al ver cómo Gladys, la esposa de Roberto, me ofrecía una bolsita con tortillas de hierbas. Se la agradecí de corazón, sobre todo al intuir que su obsequio era un gesto de



Roberto y Gladys, una pareja agradecida

gratitud. Habíamos, de hecho, construido una vivienda para su familia, con lo que su marido se liberó del alcoholismo, convirtiéndose en el más firme aliado de Raúl durante todo el proyecto “Pansup”, donde se construyeron otras diez viviendas. Gladys quería darme a entender que, sin la ayuda de Fratisa, su marido sería una piltrafa. Hoy en cambio es una persona, si no nueva, cuando menos en vías de renovación.

Al voltearme, vi frente a mí a las señoras de Pancoj, cuyos rostros se me antojaron radiantes. Ellas me conocían mejor, pues yo las había visitado previamente en su caserío. Algunas, armándose sin duda de coraje, se acercaron a mí para ofrecerme un par de panes franceses con un refresco de sabor naranja. Era todo lo que me podían brindar. Acepté conmovida su ofrenda. Y, sin darme un respiro, mis ojos se cruzaron de repente con la madre de Juanito, el muchachito de once años que hace unos meses se fue con Dios. Le di mi pésame fusionándonos ambas en un abrazo, mientras sus sollozos me hacían sentirla casi dentro de mí. Nunca pude imaginar que una comadre maya se me aferrara con tal denuedo para compartirme su desgarró. El resto de las señoras muy pronto nos rodeó, formándose un curioso coro donde todas reíamos, aunque algunas sazonaran su risa con llanto. Tal era el caso de la mamá de Juanito, el desventurado patojo que no pudo superar el marasmo de sus dolencias psicósomáticas. Sin duda por eso Dios decidió abrirle muy pronto las puertas del cielo.

Otro momento para el recuerdo fue el que “la misionera” protagonizó con los “ancianos” de Pansup. Estos, con una espontaneidad que casi me sonrojó, me rodearon con todo mimo para pedirme ayuda, pues su ermita estaba

muy deteriorada y precisaban renovar la techumbre. Me estaban convirtiendo, sin previo aviso, en su valedora ante Fratisa para que esta afrontara los gastos de la obra. No podía creerme que el grupo de los “principales” (su cultura es de clara impronta machista) suplicara a una simple misionera que abogase por ellos para renovar su iglesita. Por supuesto, nada les prometí. Lo que sí les dejé claro es que Fratisa apenas cuenta con fondos para cubrir las necesidades más apremiantes. Y la reparación de una ermita es muy posible que quede fuera de su radio de acción. Me escuchaban sin perder ripio. Mis palabras parecían sonarles a oráculos de pitonisa. Me resultaba paradójico que los mandamases de la aldea prestaran tanto interés al dictamen de “la misionera”. Era la



Fátima, dialogando con los principales de Pansup

primera vez que, en un ambiente indígena, me ocurría algo así.

No puedo finalizar mi aporte sin antes consignar una estampa enternecedora. Una mañana tocaron a la puerta de la casa de Asumta. Al abrir, me encontré con Asunción, la hacendosa cocinera en nuestra previa reunión. De pronto, no la reconocí. Aun así, ella, sin mediar palabra, me entregó un morral artesanal, mientras me agasajaba con la más radiante sonrisa. Tras reponerme de mi inicial desconcierto, supe que su obsequio transpiraba puro amor. Según me refirió, llevaba varias semanas tratando de tejerme un huipil. Con tan mal fortuna que un aguacero se llevó dos de sus partes. Pudiendo salvar la tercera, con ella me confeccionó un pequeño bolso (morral), donde pienso llevar de vez en cuando mis cosméticos, mientras recordaré con sumo cariño mi grato encuentro con Asunción. Hay gestos que siempre enaltecen. Tal ocurrió en el caso de mi amiga. La próxima vez espero reconocerla de inmediato. Lo contrario sería desfachatez.

Pastoral de enfermos – Marzo, 2023

Raúl Leal

Considero que los lectores de nuestro Boletín tienen clara conciencia de que –a partir del primer momento- el buque insignia de nuestra pastoral de enfermos lo constituían las terapias ofrecidas a los discapacitados en el centro de Fundabiem. Y durante años las hemos prodigado con tanta regularidad como eficacia. Sin embargo, a raíz de la pandemia, algo se torció al respecto. Los responsables de Fundabiem cambiaron de forma drástica su protocolo, exigiendo un sinnúmero de requisitos que no todas las familias aldeanas estaban en condiciones de cumplir. Tal fue el motivo por el que varios de nuestros pacientes –al no comparecer- perdieron su turno. Y, una vez perdido, no es fácil recuperarlo. Lo estamos intentado y, sin duda, acabaremos consiguiéndolo. Desde niño he escuchado que nunca se gana una guerra sin perder alguna batalla. Seguiremos luchando.

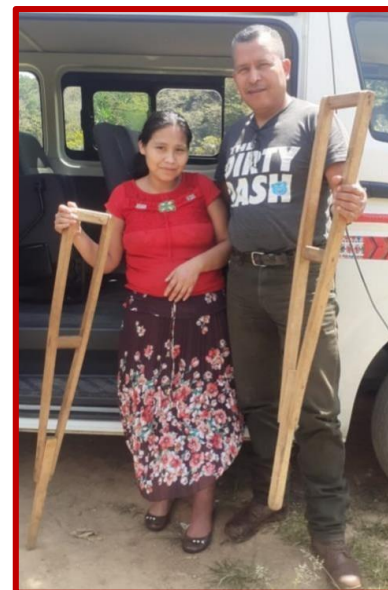
Visitando hospitales y recorriendo bosques

Este contratiempo no ha incidido en nuestros viajes a la ciudad de Cobán. Casi osaría afirmar que incluso se han intensificado. Han sido sobre todo frecuentes las consultas al hospital neurológico, pues son cada vez más los enfermos de



Franklin, dispuesto a trabajar en Honduras

epilepsia que reciben nuestros cuidados. Entre ellos, figura el joven Franklin René Co Job (17 años) que, por motivos laborales, debía trasladarse a Honduras. Si bien se venía medicando con jarabes, en el país vecino se le exigía un tratamiento con pastillas (cada maestrillo, con su librito). Tras exponérselo al doctor, logré que le cambiara la medicación. Y también aproveché el viaje para que se le hiciera una tomografía axial computarizada con el fin de descartar cualquier daño en su cerebro. Todo se realizó con normalidad y Franklin, aunque viaje a Honduras, permanecerá bajo el tutelaje de Fratisa. No cesan de aumentar nuestros pacientes con problemas neurológicos. Por otra parte, la evocación de Honduras trae a mi memoria el caso de Elvia Violeta Ichich Yaxcal, a quien también acompañé al hospital de Cobán, ya que había sido corneada por una vaca mientras realizaba sus labores agrícolas en aquel país. La cornada le había quebrado un hueso de su pierna izquierda. Por fortuna, el doctor testificó la favorable evolución de su herida. En breve, Elvia podrá prescindir de sus muletas.



Elvia pronto caminará sin muletas

Los pocos ratos que tengo libres suelo aprovecharlos para recorrer los bosques, desafiando los aguaceros y las borrascas, mientras destenso mi inquietud dialogando con la naturaleza. Acostumbro a entender la lluvia como una caricia de Dios. Con frecuencia, el recorrido es bastante largo, ya que –para adentrarse en los caseríos- el único camino es el que se va haciendo al andar. Mis esfuerzos quedan de ordinario compensados con la gratitud expresada por cuantos enfermos reciben el solaz de mi visita o incluso una codiciada bolsa de víveres. Disfruto recorriendo los caseríos en busca de quienes precisan consuelo. Y no es infrecuente toparme con situaciones tan dramáticas que hasta parecen grotescas. Tal es, entre otros muchos, el caso que paso a referir.

Dos familias en apuros muy serios

En Onquilhá, uno de los caseríos que acostumbro visitar, viven dos pacientes nuestros. Y de ambos llevaba casi varias semanas sin noticias. Se trataba del niño Alfred Stheben Cha Caal y de la joven Blanca Azucena Caal Ichic. El primero tenía pendiente una cirugía en el hospital de Cobán y la segunda debía realizarse unos exámenes de laboratorio. Las dos familias compartían vecindad y también desdichas. Ambas esposas habían sido abandonadas por sus respectivos consortes, dejando que ellas cuiden de su numerosa prole (cinco niñas y un varón). Todos los meses reciben de sus maridos un subsidio testimonial (25 euros) con el que ni siquiera pueden comprar un quintal de maíz, alimento básico para no vivir suscritos a la hambruna. Intrigado, quise saber cómo conseguían subsistir con tan escasos ingresos, dado que algunos de sus vástagos asistían a la escuela vecina. Esbozando una mueca que entendí cual sonrisa, me respondieron que las dos se pasan el día y parte de la noche tejiendo huipiles, con ánimo de venderlos los sábados en el mercado de Tamahú.



Alfred, esperando en el hospital

Las señoras nada pudieron ofrecerme porque nada tenían para ofrecer. Ello no impidió, sin embargo, que nuestro coloquio se fuera animando. Se sentían felices compartiendo sus cuitas con quien sabían amigo. Tan enfrascados estábamos en nuestra conversación que apenas me percaté de unos nubarrones negruzcos que, en un periquete, descargaron un descomunal aguacero. Para guarecernos, entramos todos en su hogar. Y en él se nos hizo de noche. Fue entonces cuando me percaté de que, para alumbrarse, disponían de un diminuto panel solar, cuya bombilla solo ofrecía una luz muy tenue durante un par de horas. Siendo tal, ¿cómo podían tejer durante la noche? Su respuesta fue espontánea: nos levantamos al rayar el alba y nos ponemos a trabajar. Fue tanta mi lástima que les prometí agasajarlas con sendas bolsas de víveres. Y lo que prometo, lo suelo cumplir.

Unos días después, pude atender al pequeño Alfred, trasladándolo al hospital de Cobán. Ya lo habían examinado antes de la pandemia, detectándole una hernia testicular. Era indispensable la cirugía. Mas, al no urgir, se pospuso para cuando la situación se normalizase. Determiné que tal momento ya había llegado. Llevé, pues, al niño de nuevo al doctor. Y este dictaminó que, para operarlo, era preciso contar de antemano con tres donantes de sangre. Los busqué, encontrándolos a la primera. Quedó, pues, todo dispuesto para proceder a la intervención. Si bien aún no se ha fijado la fecha, pienso que no se va a demorar.

¿Quién es más feliz, el que recibe o el que da?

Tengo un listado de personas que viven en extrema pobreza y con las que, a fuerza de cuidarlas, he llegado a trenzar vínculos de auténtica amistad. Eso lo sabe muy bien el bueno de Leonardo Quej. En compañía de su esposa, vive



El hogar de Leonardo, rodeado de silencio

en pleno bosque. Su chocita se acompasa únicamente con la música que genera el silencio. Ambos comparten soledad. Y también hambruna. Al estar él inválido, carecen casi por entero de ingresos. Por eso, siempre que me acerco a su vivienda, llevo con un costal de alimentos, que ambos agradecen cual si se tratara de auténtico maná. También les ofrecí en esta ocasión varias pastillas de jabón para que al menos pudieran mantener limpia su ropita. Siempre me ha inspirado mucha lástima mi buen amigo, Leonardo.



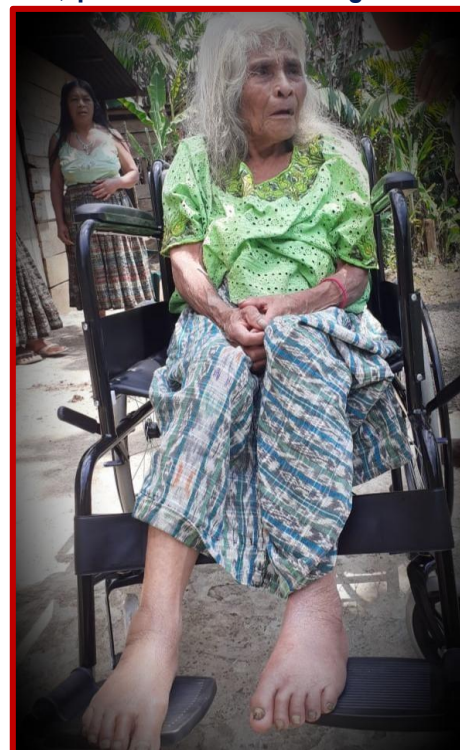
El velorio de doña Lucía Caal

Si cabe fue aún más luctuoso el encuentro que tuve, un par de días después, con otra familia muy querida. Sabía que la abuela, Lucía Caal (69 años), estaba bastante enfermita, pues a su diabetes aguda se le añadía una presión descontrolada. En más de una ocasión, Fratisa le había ofrecido ayuda para comprar sus medicamentos. Al llegar, me

encontré con un velorio. La abuelita acababa de fallecer. Fiel a mi lema, regresé un par de horas más tarde (viven en Panhorna, muy cerca de Tamahú) con un costal de víveres, que repartí entre sus familiares, a quienes acompañé durante un buen rato para compartir su luto. Fue un momento muy triste.

En cambio, me proporcionó honda alegría ofrecer a dos personas tullidas sendas sillas de ruedas. Llevaba ya tiempo cotejando precios, pues en nuestro país los aparatos ortopédicos tienen fama de ser muy costosos. Cuando intuí llegado el momento, me animé a comprarlas. De antemano las familias de ambas paráliticas me habían ofrecido una cooperación casi simbólica. Resultó muy entrañable el momento de la entrega, tanto en la aldea de Naxombal como en el caserío de Jolomché.

Fue en esta última comunidad, donde primeramente una ancianita (María Tot: 97 años) tuvo la oportunidad de moverse tras haber permanecido varios años varada en un banco de su humilde vivienda. Toda la familia se alborotó de puro gozo. Era como celebrar un gran evento familiar. Desde los nietos hasta algunos hijos celebraban jubilosos el



Doña Cande no sale de su asombro

renacer de la abuelita. Ella, aunque con escasa expresividad, no cesaba de agradecerme el obsequio.

La segunda persona agraciada con otra silla de ruedas fue Candelaria Putul Xol (86 años) que hace ya varios años ha perdido la cabeza. Tuve que dar a sus familiares instrucciones muy precisas sobre el manejo de la silla, ya que por aquellos andurriales no sería difícil tener un disgusto. Creo que el gozo de ver a su abuelita admirando fijamente el pasaje mientras yo la paseaba, les impidió captar a fondo cuanto les estaba indicando. En todo caso, en la aldea de Naxombal dejé una familia dichosa por el gran regalo ofrecido a su matriarca.

Bajando de la aldea, iba martilleando mi cabeza el viejo enigma: ¿Es más feliz quien recibe o quien da? Confieso que hasta la fecha no he logrado descifrarlo. Espero conseguirlo algún día. Mientras tanto... ¡primero Dios!



“Esta camiseta, ¿es para mí?”.

No todo es triste con nuestros enfermos

Se ha convertido en algo habitual que la misionera Fátima, al visitar nuestra misión, me entregue bastantes prendas de vestir para niños y niñas, como un simple gesto de cariño. Las recojo con todo esmero, las guardo y, cuando llega el momento, se las ofrezco a las mamás de quienes considero más necesitados. Unas veces llegan a mi oficina y les sorprendo regalándoles alguna blusita. Y otras, cargo a tope mi mochila y, cuando llego a una aldea, recorro las casas más humildes, brindando una alegría a quienes viven en ellas. No es fácil imaginar el júbilo de las mamás –y sobre todo de sus retoños- cuando abro mi bolsa para ofrecerles una prenda que, además de nueva, es también muy bonita. Para ellos, la máxima aspiración es estrenar. Aunque estén sumidos en la más extrema pobreza, no se entusiasman con la ropa usada. La quieren nueva. Por eso es tan patente su júbilo al ser obsequiados con prendas de estreno.

Es muy hermoso sentir feliz a la gente. Sin embargo, nunca suelen faltar los aspectos negativos. La experiencia me ha enseñado a cuidar mucho el reparto de tales regalos, pues no es difícil que los chiquillos no agraciados se sientan ofendidos. ¿Por qué a ellos no y a sus vecinitos, sí? La envidia tiene las alas muy cortas. Entre los adultos, resulta más fácil contenerla. Mas, si echa raíces entre los infantes, puede acabar generando odio. Por eso, siempre determino obsequiar en un segundo momento a quienes se quedaron sin nada en el primero. Todos saben que la misionera Fátima les quisiera regalar muchas más prendas. Pero las líneas aéreas limitan al peso del equipaje. Cuando se lo explico así, parece que logran entenderme. Cuando menos se quedan conformes, sin azucar la inquina.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – MARZO, 2023

DESCRIPCION	CANTIDAD
Pacientes trasladados a neurología	01
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	19
Medicinas entregadas a pacientes diabéticos	01
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	02
Pacientes trasladados a Fundabiem	05
Asistencias durante el mes en Fundabiem	05
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	13
Otros traslados (clínicas privadas)	03
Pacientes trasladados a la doctora pediatra	01
Leche pediátrica entregada (botes)	10
Pacientes que recibieron medicina con receta	27

Extracción de piezas dentales	08
Medicina entregada por extracción de piezas dentales	05
Entrega de molinos manuales de nixtamal (maíz)	01
Pacientes a quienes se les realizó ecocardiograma	01
Pacientes a quienes se les realizo ultrasonido y tomografía	01
Pacientes a quienes se les realizó examen de papanicolau	01
Entrega de sillas de ruedas	02
Visitas a familias y enfermos	02
Entrega de granos básicos y otros	05
Ayuda en velorios (panes y otros)	02

Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Hemos de confesar que, cuando nos echamos al monte, preferimos eludir aquellos lugares donde se produce una acumulación excesiva de congéneres, de forma que no es posible disfrutar de la contemplación de una obra de arte construida hace siglos, de un valle que te ofrece un vergel plagado de hermosura, de un pico alpino en el que te sientes



cerca de Dios. O, dicho más claramente, evitamos ir a lugares llenos de turistas que bajan del autocar con la máquina o el teléfono en ristre para fotografiar indiscriminadamente todo lo que encuentran por donde pasan y vuelven al autobús sin haberse parado a ver lo más bello del lugar. Por eso nuestras escapadas de la ciudad son en busca de la naturaleza, de lo que el hombre ha construido para el encuentro con Dios o, incluso, de aquello otro erigido con otros fines pero que está plagado de arte. Esa es la razón por la que en esta ocasión nos hemos casi perdido entre los olivares extendidos por tierras de Jaén y, cerca de la

ciudad, en el lugar conocido como La Imora, nos topamos con la ermita de la Virgen Blanca, construida en 1527, muy relacionada con el culto popular y agrario, pues fue edificada piedra a piedra por los labriegos que pasaban su vida en el campo y necesitaban ponerse a bien con Dios. En su interior encontramos una imagen de la Virgen, en pasta y madera, que sustituye a la original de alabastro –he ahí la denominación de la imagen– que fue destrozada y desaparecida al principio de la Guerra Civil. Una ermita sin grandes pretensiones –reconstruida en 1977–, en un lugar tranquilo, rodeado de olivos y zonas verdes, a la que acuden en procesión los miembros de la Cofradía de la Virgen Blanca cada tercer domingo de septiembre.

Allí nos detuvimos a reposar y a disfrutar de las cosas sencillas de las que nos dota el Señor por manos inocentes y profunda vocación de entrega, como es el caso de nuestra asociación, Fratista, y de las personas que en ella colaboran. Prestamos una ayuda desde nuestras casas y la repartimos por un lugar lejano, donde es necesaria toda la colaboración posible, desde la material hasta la espiritual. Por allí han andado el P. Salas y Fátima, acercándose a la necesidad, pergeñando lo que se puede hacer en favor de aquellos hermanos desamparados. Y a su vez, comprobando el bien que ya hemos llevado a cabo con la ayuda prodigiosa de Raúl, el contacto directo con los aborígenes, disfrutando del agradecimiento de las mamás, de los niños y de las familias a las que de una u otra forma hemos podido apoyar.

En tierra de olivos, en un paisaje espectacular, en la soledad con el Señor, una vez más rezamos devotamente para que nuestra misión en Tamahú no decaiga, dando las gracias ms profundas a cuantos, en mayor o menor cantidad, hacen posible esta labor.

**Si desea leer otras Hojas Informativas de Fratista, puede consultar nuestra Web:
www.escuelabiblicamadrid.com / Fratista / Publicaciones**